

De la amistad con una montaña

Todos los derechos reservados.
Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Título original: *Dans l'amitié d'une montagne.*

Petit traité d'élévation

En cubierta: fotografía Montañas de los Annapurnas

© saiko3p / iStock (Getty Images).

Diseño gráfico: Gloria Gauger

© Éditions Grasset & Fasquelle, 2022

© De la traducción, María Belmonte Barrenechea

© Ediciones Siruela, S. A., 2023

c/ Almagro 25, ppal. dcha.

28010 Madrid.

Tel.: + 34 91 355 57 20

www.siruela.com

ISBN: 978-84-19553-14-0

Depósito legal: M-6.790-2023

Impreso en Anzos

Printed and made in Spain

Papel 100% procedente de bosques bien gestionados
de acuerdo con criterios de sostenibilidad

Pascal Bruckner

DE LA AMISTAD
CON UNA MONTAÑA

Pequeño tratado de elevación

Traducción del francés de
María Belmonte Barrenechea

 Siruela

Biblioteca de Ensayo 135 (Serie Mayor)

Índice

Preámbulo	13
CAPÍTULO 1. Cuando la nieve se derrite, ¿adónde va el blanco?	17
CAPÍTULO 2. ¿Escalar montañas? ¿Por qué?	33
CAPÍTULO 3. Nuestra madre universal	45
CAPÍTULO 4. CH (Confederación Hipnótica)	57
CAPÍTULO 5. Fanfarrones y paletos	65
CAPÍTULO 6. Cosas vividas	77
CAPÍTULO 7. La estética del aventurero: príncipes y patanes	89
CAPÍTULO 8. Las dos caras del abismo	99
CAPÍTULO 9. Goupil e Ysengrin	107
CAPÍTULO 10. Amar lo que nos espanta	119
CAPÍTULO 11. ¿La muerte domesticada?	125
CAPÍTULO 12. Proteger los grandes libros de piedra	135
CAPÍTULO 13. Sublime caos	141
EPÍLOGO. Cuando llegues a la cima, sigue subiendo	147
Agradecimientos	149

*En memoria de mi amigo Laurent Aublin (1949-2009),
que me inició en Asia y en la alta montaña.
Su sombra bienhechora me acompaña en todos los senderos,
en todas las cimas*

Para Anna, en recuerdo de la Aiguille du Tour

«Quien no es capaz de admiración es un miserable. No es posible mantener una amistad con él, ya que esta solo existe en las admiraciones compartidas. Nuestros límites, nuestras insuficiencias, nuestras mezquindades se curan cuando lo sublime irrumpe ante nuestros ojos».

MICHEL TOURNIER

Preámbulo

La prueba del cocotero

Hace ya algún tiempo realicé con un compañero de travesías llamado Serge Michel una pequeña ascensión al monte Tabor, cuya cima alcanza los 3171 metros. El Tabor, que significa «piadoso» en arameo, está situado en la frontera entre Francia e Italia, en los Altos Alpes, y es, además, un lugar de peregrinación. La capilla de Nuestra Señora de los Siete Dolores, un sólido edificio bastante deteriorado, se encuentra en la cima y representa para los creyentes un lugar especial relacionado con la pasión de Cristo. Allí se pueden encontrar budistas en posición de loto, soportando el viento en busca de la comunión con el cosmos. Tras haber salido sobre las once del valle de Névache, fuimos ascendiendo penosamente a través de neveros y canchales bajo el fuerte calor de agosto, que no se atenuó hasta los 2500 metros. Al llegar a la cumbre, ya avanzada la tarde, rodeados de banderas de plegaria tibetanas, Serge me dijo:

—Ya está, ya has pasado la prueba del cocotero.

—¿La prueba del cocotero?

—En algunas tribus se somete cada año a los viejos a un examen. Deben trepar a lo alto de un cocotero que se sacude vigorosamente desde abajo. Si la persona cae, la echan del pueblo y se va a morir sola a la jungla. Si aguanta, puede permanecer en la comunidad.

Desde que me hicieron esta revelación, me someto cada año a esta prueba, ávido de demostrar que todavía estoy en forma. Subo todo el tiempo dos montañas: una interior, en la vida cotidiana, entre la alegría y el desconcierto, y una exterior, que confirma o desmiente a la primera.

La bajada del Tabor estuvo plagada de peligros: extraviados en un camino equivocado, fuimos a dar con un rebaño de corderos y atacados por perros pastores agresivos. Estos perros blancos, de 90 o 100 kilos, que protegen a las ovejas y a las cabras de lobos y osos, son especialmente peligrosos para los caminantes. Se recomienda no mirarlos a los ojos, dado que estos animales son tan irascibles como los cabecillas de una banda y podrían creer que los estás desafiando. Hay que mantener un perfil bajo, no levantar los bastones y agachar la cabeza. Nos pudimos salvar gracias a una marmota bromista que se puso a silbar a los perros desde el otro lado del río y estos salieron disparados hacia ella, dispuestos a hacerla pedazos. Recuerdo que el cocotero desempeña otro papel en Simenon. En un librito en el que describe las costumbres de los colonos que partieron hacia los territorios franceses de ultramar en los años treinta para escapar de la mediocridad de la metrópolis, evoca un uso singular de este árbol tropical: en ciertas islas del Pacífico, cuando una mujer quiere manifestar su consentimiento a un hombre, sobre todo a un extranjero, sube a lo alto de un cocotero, mostrando al pretendiente todo lo que obtendrá, la luna y el sol, si hace el esfuerzo de subir tras ella¹. Es una ardua costumbre que se debería introducir en nuestro clima y que animaría a nuestros ayuntamientos a plantar más árboles en las ciudades sofocantes. Así se evitarían, al mismo tiempo, el acoso y el exceso de hormigón. Desde aquel día, pienso en el cocotero graciosamente inclinado cada vez que emprendo una travesía, e invoco a este árbol exótico en el corazón de nuestros macizos alpinos o pirenaicos.

¿Por qué escalar cuando bajamos ya a toda prisa la otra vertiente de la vida? ¿Por qué imponerse semejante calvario y sacar de ello una gran alegría, casi una beatitud? No es la fe la que mueve montañas, son las montañas las que mueven nuestra fe y nos desafían a acometerlas. Estas majestades encapuchadas aplastan a unos mientras exaltan a otros. Para estos, subir es renacer, entrar en un

¹ Georges Simenon, *La mauvaise étoile*, Folio-Gallimard, 1938, p. 87. [Trad. al castellano de Eduardo Bittini, *La mala estrella*, Luis de Caralt, 1977].

estado de efervescencia. Al llegar a la cumbre de una montaña, uno queda impactado, exprimido, como si hubiera visto el paraíso. La densidad nos absorbe. ¿Es el frío punzante, el viento que nos golpea y casi nos tira al suelo, o son las potencias superiores, que nos hablan, en una mezcla de terror y belleza?